



ENTRE LO PULSIONAL Y EL IMPERATIVO

BETWEEN THE IMPULSE AND THE IMPERATIVE

CARLOS GERARDO
GALINDO PÉREZ
Facultad de Psicología de la
Universidad Autónoma de
Querétaro
Correo para correspondencia:
gape56@yahoo.com.mx

"[...] aquellos de que son conscientes de que se encuentran en una tradición de destrucción sólo les queda refugiarse en las fuerzas del nuevo comenzar por sí mismos. Tienen que querer regresar a las fuentes cristalinas del ser por sí mismos. Es más, tienen que llevar la capacidad de comenzar a extraordinarias alturas porque no pueden dejar que les cuenten desde lejos lo que quieren asumir inicialmente como una forma de identidad".

Peter Sloterdijk. Venir al mundo, venir al lenguaje. 2006

Entre los pensamientos que nos interesan, en ocasiones, al sumergirnos en ellos tomamos un respiro y reflexionamos sobre el destino de la humanidad y en consecuencia del planeta que habitamos. En esos momentos, si la agudeza crítica nos acompaña, señalamos sucesos que nos resultan incomprensibles. ¿Si tenemos solamente un planeta habitable por qué nos damos a tarea de acabar con él, de empeñarnos a eliminar la forma de vida que tenemos? Resulta enigmático: tenemos una forma de vida y ésta tiene por finalidad acortar

Resumen

Un problema recurrente en la vida cotidiana es el relacionado a la destrucción de medio ambiente, lo que se ha dado por llamar Ecocidio. Los intentos por explicar el origen de tales actos, han llevado a profundas discusiones en los campos del psicoanálisis y la filosofía, de manera conjunta. De este enlace disciplinar, se destaca la tendencia que propicia la pulsión de muerte y las fallas en el registro del imperativo, muestra de la imposibilidad de un elemento que oriente la pulsión a otro tipo de vicisitudes, desde el punto de vista freudiano. Así como, las propuestas de habitar y ser, contenida en las ideas de Heidegger, y "comenzar-con-uno-mismo", emanada de las reflexiones de Sloterdijk. Sólo se puede ser habitando y comenzando con uno mismo, en la medida en que se cuente la propia historia. Comenzarse para Freud fue recordarse. Traer nuevamente los trazos, las huellas de la novela familiar. Desenredando los nudos trágicos iniciales que condicionan la historia. Recordar vivida e intensamente para que irrumpa el empuje y destino pulsional en una nueva posición del sujeto respecto a sí mismo.

Palabras clave: Ecocidio, Pulsión de Muerte, Imperativo, Superyó, comenzar-con-uno-mismo

Abstract

A reoccurring daily life problems related to the destruction of the environment is what has been called Ecocide. The attempts to explain the origin of such acts has taken the theme studious individuals to deep discussions within the Philosophy and Psychoanalysis fields. From this disciplinary link, the tendency that promotes the death drive and failures in the recordings of the imperative demonstrates the impossibility of an element that would orient the drive towards another type of vicissitudes, as per Freud's points of view. As well as the proposals dwelling & being, contained within Heidegger's ideas, and "begin-with-one's-self", drawn from Sloterdijk reflections. One can only be by dwelling and beginning within oneself, in as much as telling his own story. For Freud to begin with one individual person was the same as to remember one's self. Bringing again the traces and prints of the familiar novel, and unweaving the initial tragic knots that set the conditions of the story. Remember vividly and intensively in order to interrupt destiny's drive within a new position of the subject in regards to himself.

Key words: Ecocide, death impulse, imperative, superego, begin within one's self.

la existencia. Vivir para morir. Quizá se le tendría que dar el nombre de ecocidio.

En las últimas décadas ha imperado la costumbre por cuestionarnos acerca del estado crítico hacia el que se encamina el ecosistema, de su rápida destrucción, y que no obstante los intentos mediáticos y la intención de una toma de conciencia no ha imperado la costumbre por reparar y resolver la tradición de los hechos, quizá porque somos seres del lenguaje, de metáforas más que de hechos. Por otra parte, se indica que es una locura el ritmo de descomposición del ecosistema. Pero en esa locura, en momentos de excepción el cuestionamiento a los actos propicia un estado de reflexión al identificarnos como parte de esa maquinaria que tiende a la destrucción. Momento crucial para comenzar por el inicio, mirar el planeta como escenario ideal del drama del ecocidio, de la muerte, y a través de una iniciativa original y significativa colocarnos en otra posición y disposición que permita tomar conciencia de comenzar con uno mismo.

El drama trágico del ecocidio irrumpe en la urgencia, la prisa por erradicar ciertas formas de vida. Aunque también decimos que ante ese drama no hay otra salida que la de transitar en la locura para asumir otro orden, ya que también es necesario tomar en cuenta que la locura es una manera de ser. Una manera de justificar la existencia.

Dar cabida a estas ideas nos encamina hacia una manera crítica de observar los finos hilos que sostienen la forma de justificar la existencia y su tejido. Así como los detalles en los que sustentamos la relación que se establece con el entorno, con el hábitat. Detalles que se deslizan por la frontera de la tragedia, del drama, y evidencian los límites de los imperativos y su endeble borde. Detalles que irremediablemente evidencian el peso de la *krineîn* crisis, ese hecho de separar, romper, decidir. Esa inevitable manera de separar y colocar las cosas en otro lugar para que puedan

ser consideradas y analizadas, que en gran medida es lo que la crisis nos muestra.

Separar para analizar. Una no va sin la otra. Para analizar y decidir es necesario separar, romper. Por eso observamos que en la crisis algo se rompe, se separa, deja el lugar que tenía y se muestra excéntrico, dando paso al imprescindible momento de la crítica, del análisis, del estudio que posibilite emitir un juicio y por ende establecer un criterio, un razonamiento adecuado que propicie y produzca un análisis, la apertura a una reflexión.

La separación y la ruptura son puntos fundamentales que se inscriben de manera diferente a lo que acontece con la evolución, el desarrollo. Diferente a esas ideas, pilares de la construcción de teorías y posturas que amablemente invitan a la panacea –tan imaginariamente ilusoria de superar y resolver la crisis-. Cuando lo que priva es el posicionamiento, el cómo tendemos a una posición ante una separación simbólica y su arraigo en el exceso de realidad que muestra la locura. La separación, la ruptura que empecinadamente se sostiene en la destrucción del hábitat.

Habitamos en la ruptura y a ella nos debemos. Porque en la insistencia de habitar, cada repetición nos coloca frente a la nada, ante el *thánatos* de la propuesta freudiana. Lo pulsional que reiteradamente nos lleva al punto inseparable del *eros* y *thánatos*. La tendencia a la ruptura con la vida, eso que nos hace mortales. Quizá - podríamos decir-, mortales con cierta prisa, con implacable urgencia e inevitable actitud, de aquello que es propio de los actos. Pero, ¿Quién conoce los asuntos de los mortales, acaso Zeus y Apolo como lo señala Sófocles, en Edipo? ¿Ellos, los sagaces conocedores? Cuando se pasó de la presencia de los dioses en la tierra a la representación que se tenía de ellos, las cosas cambiaron sustancialmente, conocer los asuntos de los mortales sólo les correspondió a los mortales. Aunque más que conocer el asunto recayó en saber de los asuntos

de los mortales, así como en la imposibilidad, por parte de los mortales, de saber de la muerte. No obstante el impedimento, un elemento se deslizó a través de la reflexión: la curiosidad por saber del *Cidium*, el dar muerte.

El *Cidium*, el acto de matar, de (ex)terminar, dio paso a lo humano como referente, porque es propio de lo humano el *caedere*, el acto de cortar, matar, aquello que es de la cesura, la pausa, y que cuando se enlaza con el *Oikos* nos permite decir de alguna manera aquello que escapa a ser nombrado, lo real que se escabulle y escapa al tejido del simbólico. Ecocidio es una manera de nombrar algo de lo innombrable: la muerte. La manera de referir el *Oikos* desde el cortar, romper, terminar.

La determinación de separar, el acto de terminar, guía a reflexionar si el ecocidio es una ideación, un intento o un acto suicida. Un deseo, un acto sin resultado o a fin de cuentas un acto. Sin embargo, perpetuamos a nivel del discurso la idea de que esto no tiene porque ser así. Y que, en el contexto *sapiens* nos inclinaríamos a considerar la búsqueda del bienestar y preservar las formas de existencia.

Decía Freud, que si la búsqueda del bienestar es la meta del ser vivo, como parecen probarlo, además de la filosofía a partir de Aristóteles, «los hechos de nuestra observación cotidiana» (Freud, 1976. XVIII: 7) ¿cómo es posible que corrientemente se observe el fracaso de tal empeño? Pregunta que aún seguimos enunciando ante la dificultad de dar cuenta de ella.

La apreciación de Freud sobre tal empeño pone al descubierto la existencia de sucesos, condiciones provenientes de otro espacio distinto al psíquico que inclinan la balanza hacia el fracaso. Devela que el principio del placer puede ser rasgado por las exigencias del mundo exterior, porque la realidad no es un espacio desde el cual la pulsión alcanza una satisfacción inmediata, directa, ya que bajo ciertas circunstancias pondría

en riesgo al organismo. Que hay tendencias que son un peligro para conservar el cuerpo propio. Una salida a esta tendencia consistiría en lo siguiente: el principio del placer debe ceder el espacio al principio de realidad para que a través de las pulsiones de autoconservación sean contenidas las pulsiones riesgosas, las pulsiones sexuales. Se trata, dice Freud, de una limitación «normal» del principio del placer ya que no puede darse por descontada una armonía constante entre el ser vivo y su medio.

Estas tendencias pulsionales son las que Freud refiere en su artículo “La represión” (1915), al advertir que algunas *triebregung* incitaciones pulsionales, al caer bajo el efecto de la represión no lograrán su meta. Sin embargo, tales tendencias seguirán buscando satisfacción, pero por la represión de la que han sido objeto, dicha satisfacción se traducirá en displacer. En este caso, ya no se trata de un conflicto ante una realidad hostil, sino uno intrapsíquico que, aunque resulte parcialmente de la presión de la realidad exterior, no se reduce a ella.

Hacia el exterior o el interior, desde ángulo que lo veamos, la pulsión siempre va a incidir y siempre estará la expectativa del placer, aunque no todo es principio de placer. Pues lo que priva es la repetición, sea placentera o no. Por la experiencia analítica sabemos que dentro de ese espacio como en la vida cotidiana existen comportamientos orientados a la repetición de vivencias desagradables que no suponen ninguna forma de satisfacción. Es el caso de algunos juegos acontecidos en la infancia, o de sueños, síntomas, incluso de ciertos aspectos de la transferencia, dan cuenta de la tendencia a la repetición que se afirma de manera independiente del principio del placer. Una tendencia más primitiva que otro tipo de pulsiones –la pulsión de muerte-, la cual conserva la tendencia al retorno a un estado anterior a la vida, estado que ésta habría perturbado y que la tendencia a la repetición apuntaría a restablecer. El aspecto destructivo que Freud

atribuía en un principio a la sexualidad, ahora será atribuido a Tánatos, la pulsión de muerte. Pulsión que no se manifiesta en estado puro, sino siempre a través de una mezcla con la pulsión de vida. Se manifiesta en el dolor en el que el sujeto se empecina por perseguir como si fuera un goce, en la transgresión del principio de placer -que preserva la vida, forzando la conservación del ser vivo.-.

No es sencillo conservar la relación de los seres vivos entre sí y con su medio. La tendencia a la muerte y destrucción es inherente al humano, a sus tendencias y premuras. No es suficiente referir *Oikos* a sus rasgos indoeuropeos *woik-o*, caserío, asentamiento. Como el caso de *woik*, *weik*, el clan, la agrupación humana. Que indican una tendencia a vivir, coexistir. Una tendencia por preservar un lazo con los otros y hacerlo perdurar en el *vicus* aldea, conviviendo con el *vicinus* lo que propiamente nos es cercano en el espacio y próximo inminente en el tiempo. No es suficiente porque también hay una tendencia al *Cidium*, el acto de cortar, de separar lo que nos vincula con lo que hacemos vecindad, con los vecinos. Es nuestra manera de terminar con la fuerza que ata, con el *vinculum*, el *vincire* atar, ligar.

A partir de la aparición del *woik-o*, se pudo dar cuenta de la construcción de un *Oikos* donde se pudiera vivir, morar y morir (la diferencia es tan sólo una letra), en el entendido de edificar asentamientos. Al hacerlo se habitó, y con la habitación surgieron los habitantes; esos residentes a veces permanentes que tienen hábitos. Habitan-tes que podían *habitare* habitar, tener la posesión, el *habitus* del *habere* tener, poseer. Nuestro haber. Desde esta perspectiva, la pulsión de vida sería lo determinante e imperaría sobre la de muerte. Pero como lo señala Freud, estas tendencias no vienen solas, son una mezcla.

Habitamos la tierra y como habitantes la poseemos y nos posicionamos en ella. En el habitar

está nuestro haber, aquello que nos hace humanos y mortales a la vez.

Heidegger decía: Construir, habitar, pensar. Y en esa triada señalaba que construir no es sólo medio y camino para el habitar, el construir es en sí mismo ya el habitar. Al construir habitamos, nos habituamos, pero también ordenamos el entorno de una manera diferente al orden que en principio tenía.

Lo humano llevó a nuestros ancestros a construir un mundo, la civilización, pero no el lenguaje, pues probablemente es el lenguaje quien nos construyó. Habitamos, permanecemos en el mundo, residimos en él, somos en él. Heidegger señalaba:

“Construir (**bauen**) significa originariamente habitar. Allí donde la palabra construir habla todavía de un modo originario dice al mismo tiempo **hasta dónde** llega la esencia del habitar. **Bauen, buan, bhü, beo** es nuestra palabra «bin» («soy») en las formas **ich bin, du bist** (yo soy, tú eres), la forma de imperativo **bis, sei**, (sé). Entonces ¿qué significa **ich bin** (yo soy)? La antigua palabra **bauen**, con la cual tiene que ver **bin**, contesta: «**ich bin**», «**du bist**» quiere decir: yo habito tú habitas. El modo como tú eres, yo soy, la manera según la cual los hombres **somos** en la tierra es el **Buan**, el habitar. Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar.” (Heidegger, 1994:3). Habitar es la manera como los mortales somos en la tierra.

Ser mortales es nuestra manera de ser seres vivos. Tendientes a la vida, a la construcción, pero también a la muerte y la destrucción.

La tendencia a la muerte Tánatos, es uno de los aspectos humanos que alcanzan relevancia a partir de la experiencia psicoanalítica, porque ésta da cuenta de la existencia en el comportamiento humano de algo extraño, aberrante e incomprensible en relación con su ser biológico, en

relación con el hecho de que el hombre es un ser vivo que no puede ser explicado sino a través de un orden de determinación que se sitúa fuera de lo que determina al ser vivo: más allá de la vida. Este más allá de la vida es la pulsión de muerte, una manera de designar una realidad en sí misma inconcebible, contradictoria, o, dicho de otro modo, «imposible». Una manera de nombrar la realidad humana desde el peso del *Unheimlich* con respecto a la de los otros seres vivos.

El acto de nombrar pone al descubierto la presencia de lo simbólico y desde el lenguaje nos posiciona ante una realidad ineludible. Ésta radica en la imposibilidad de la satisfacción del deseo. Una imposibilidad, que por ser imposible hace causa con la muerte, la imposibilidad de saber de ella. Lo imposible, ese agujero que hace en lo real lo simbólico, es el real que intenta alcanzar el psicoanálisis, pues la experiencia analítica confronta al analista con lo real. No es un agujero de origen, es el lenguaje que origina un agujero para el cual nada puede venir a colmar. No hay satisfacción de deseo, hay un imposible que como tal hace causa común con la muerte.

Lo Real, en cuanto agujero, escapa a lo simbólico, decía Lacan: “es lo imposible, tal como lo defino de que no pueda en ningún caso escribirse” (Lacan, 1981:114). Lo Real es lo que no cesa de no escribirse. De ahí que el discurso sólo lo bordea, traza sus contornos.

Al plantear la pulsión de muerte, Freud enfatiza en el psiquismo una división inevitable entre la búsqueda del bienestar y el imperativo que lo fuerza a la persecución de un goce imposible, que sólo alcanza a través del dolor. Esta tendencia de repetición es más poderosa que el amor al prójimo, es la pulsión que suprime toda esperanza de una armonía posible entre el hombre y el mundo como entre el hombre y él mismo, entre su bien y su deseo.

Es en el hecho de suprimir toda esperanza donde nos preguntamos: ¿qué sucede con los imperativos que escuchamos y enunciamos recurrentemente respecto a la armonía entre el hombre y el mundo? Incluso, decimos que si el hombre está bien consigo mismo también lo estará con el mundo. Punto central de una armonía entre su bien y su deseo. Pero, cuando las cosas apuntan a cierta ineficacia de los imperativos sociales que propiciarían acciones humanas para evitar una catástrofe mundial, la ineficacia devela nuestros hábitos. Porque estos hábitos frecuentemente apuntan a una sola dirección: “el hábito fundamental del Hombre [...] es destruir la naturaleza” (Tamayo, 2009:57). Hábito que nos habita,

una manera singular de dar cuenta, de justificar nuestra existencia.

Se habita en la tendencia a la destrucción. La destrucción del *focus*, del hogar, del espacio que fue habitado y hecho propio. El lugar de la hoguera, de la chimenea que como símbolo indica una construcción ocupada, habitada. No es acaso la manera en que se representan las primeras formas de vida humana, en torno a una fogata, al *focarius*, el fuego.

Pareciera que la pulsión de muerte suprime toda esperanza, todo deseo. No apunta al placer, tampoco al displacer, sino al no placer. Como la imagen que ofrece el *Homeless*, ese hombre que camina o se asienta en el entorno, ex-puesto por la ruptura con el *Home*. No es una cuestión de placer, tampoco de displacer. Apunta a la falta de placer, a la indiferencia, a la apatía, al estado sin *pathos*, sin sensación, dolor, sin tensión. Un estado de no-displacer, excluyendo toda posibilidad de encuentro con cualquier elemento que arriesgue perturbar el silencio y el estado de estancamiento a que tiende. En este estado –que puede ser el de quién sea-, ¿no es acaso su riesgo por excelencia? Aunque esta condición apuntaría también al deseo, que desde la pulsión de muerte se enunciaría como un deseo de no deseo.

Llevar el planteamiento de la pulsión de muerte al punto del deseo tiene un sentido: El que la muerte ya no sea enfocada como un simple estado de no vida, el retorno a un estado inorgánico, antepasado prehistórico de toda materia. Dejar la cosas en el plano de lo inorgánico no representa ningún sentido para la psiquis, pues ésta sólo puede referirse a lo pensable, a lo representable. La muerte deberá por consiguiente transformarse en “pensable”; pero para esto, será preciso que se haga objeto del deseo de Otro.

La pulsión de vida sólo actúa por la medición del objeto. Sostiene la vida, la existencia, porque el sujeto no puede existir de otro modo que como deseo. Desear presupone y remite invariablemente al objeto que es su causa. De esta manera, el objeto resulta indispensable para la supervivencia del sujeto, es el punto de fijación de deseo.

La pulsión de muerte viene a mostrar la urgencia por la destrucción, de ahí que también en esencia somos destructivos. Nos orienta la mirada a aquello que se descubre en el orden de lo inevitable o quizá de la orden de lo inevitable. Pues sin una orden no hay movimiento, no hay intención. Al respecto cabría preguntarnos ¿En los actos de construcción o destrucción, quién ordena, quién manda? ¿De dónde proviene el mandato, quién es el ejecutor de la ley?

En ocasiones definimos no sólo ciertos actos como buenos o malos, también a las personas las designamos en ese sentido, aunque decir “persona” no implica un nombre, persona no tiene nombre, su nombre está omitido. Los latinos llamaban persona a las máscaras del teatro, los griegos *próposon* al aspecto y mucho antes los etruscos *phersu* a ahí, expresión de la cual no hay cabida para nombre. Cuando nos preguntamos quién ejecuta la ley y la respuesta que nos damos es: quien ejecuta la ley. El nombre está ausente, será una función, la función paterna, el significante del nombre del padre. El nombre que nombre todos los nombres del padre.

La castración, lo que se desprende de la función paterna trae consigo la instauración de un orden distinto, la ordenanza que proviene del superyó, en el cual Freud proponía la existencia de un *Gewissen* que se instala después de un deseo y de las cosas que convergen en un acto moral. Un *Gewissen a posteriori* que es parte —como función— de una instancia que surge de un imperativo externo que orienta el quehacer psíquico. El Superyó desde donde se escucha “tú debes”, “hazlo”, toda orden que se instaura en función de la Ley. Elemento imprescindible que regula la función de la conciencia moral como renuncia a lo pulsional. La *gewöhnliches Gewissen*, que de manera cuidadosa podemos traducir como conciencia ordinaria o común. La conciencia que tenemos a diario, sin que el acento recaiga en una marca moral o ideológica¹. Instancia que constitutivamente es parte del yo y que posteriormente se le separa y en plena autonomía se contrapone con el peso de la crítica al yo al tomarlo como objeto.

“Hallaremos en la realidad fundamento para separar esa instancia del resto del yo. Lo que aquí se nos da a conocer es la instancia que usualmente se llama *gewöhnliches Gewissen*; junto con la censura de la conciencia y con el examen de realidad la contaremos entre las grandes instituciones del yo. Y en algún lugar hallaremos también las pruebas de que puede enfermarse ella sola” (Freud, 1976. XIV: 245).

Una instancia crítica que observa al yo, como si una parte de sí mismo se observara. Instancia que forma parte de las instituciones del yo, lo que muestra, que en el yo se concentra lo institucional de la conciencia o las conciencias de las instituciones que examinan al sujeto en el ámbito de sus deseos, de su vida pulsional. Sin embargo, Freud dice: “*dass sie für sich allein erkranken kann*” (Freud, 1990:109) que también puede enfermarse ella sola. Actuar sin misericordia, más allá de

¹ La traducción de *gewöhnlich* remite a lo habitual, usual, ordinario, corriente, normal. Por otra parte *Gewissen*, es la conciencia, en cuanto de lo que uno es consciente, que en algún momento sería como una conciencia moral, crítica, que emite un juicio.

cualquier miramiento cotidiano y convertirse en un tirano, un amo que castiga irremediabilmente. Pero que, bajo ciertas circunstancias no responde al llamado, su ausencia se hace presente, entonces decimos que ante el llamado algo falla, que algo ocurre y su función resulta insostenible, mientras el yo se encuentra en un pasadizo por el cual escapar. Sin embargo, esto no indica que el yo ahora podrá hacer lo que le venga en gana, sino que está frente a un impulso que le viene de otro lugar y en pleno desconocimiento esa obscura tendencia lo lleva actuar sin miramientos, sin explicación. Ante la interrogante, su actuar, responde: ¡no! mas!

La eficacia del imperativo se encuentra en el sentido de la observación de juicio: “no lo hagas”. Ya que el *Imperativus*, como su propia referencia señala es, el que manda o domina eficazmente. Por su propia naturaleza es un modo defectivo al no presentar formas para todas las personas. Ordena, manda, como ejecutor de una ley. Mandato del que algunos saben mantenerse cerca y llevar puntualmente, pero también hay quienes se mantienen lejos, a distancia de la *gewöhnliches Gewissen*, al margen de la instancia a la que se le ha conferido cierta incidencia en y por el mal, en la crueldad: el superyó. Decía Freud: “Ahora el superyó, la conciencia moral eficaz dentro de él, puede volverse duro, cruel, despiadado hacia el yo a quien tutela. De ese modo, el imperativo categórico de Kant es la herencia directa del complejo de Edipo” (Freud, 1976, XIX: 173) Aunque para Kant.

“La conciencia moral (*Gewissen*) es un instinto: el de juzgarse a sí mismo conforme a la ley moral. No es una mera facultad, sino un instinto, y no un instinto de formarse un juicio (*urteilen*) sobre uno mismo, sino de someterse a una especie de proceso judicial (*richten*) [...]” (Kant, 2002:169). *Gewissen* es un instinto que tiene la fuerza de someternos a un juicio, a la manera de un proceso legal; nos coloca ante una facultad que lo enjuicia conforme a las leyes morales. *Gewissen* que

tiene la característica, a la manera del instinto, de constituirse como una fuerza compulsiva, que nos exhorta a enjuiciarse ante este tribunal, aún en contra de nuestra voluntad. Ya que “...*Poseemos la capacidad de juzgarnos a nosotros mismos conforme a las leyes morales.*” (*Ibidem*) Para Freud, el imperativo no es un instinto, previo, sino una función a posterior que surge a consecuencia del deseo y la vida pulsional.

En este sentido hay una ruptura, no es posible establecer de manera lineal una relación entre el “*imperativo categórico*” y “*conciencia moral*” de Kant con conceptos como, “*sistema totémico*”, “*tabú*”, “*complejo de Edipo*”, “*superyó*”, “*origen de la moral*”, “*origen de la cultura*”, “*neurosis*”, “*psiquismo infantil*”. Hay una ruptura por parte de Freud, entre la palabra y su significado respecto de “*imperativo categórico*” y “*conciencia moral*” kantianos.

“El concepto de *Gewissen* apostado desde la clínica psicoanalítica, tiene que ver con el sufrimiento que le hace mal al neurótico, con su malestar y con el problema del mal. [...] Es un *Gewissen a posteriori*, es decir después de un registro que permite la culpa, el arrepentimiento y el reproche [...]” (Sandoval-Galindo. 2009: 7)

Para Freud, el lugar de la *gewöhnliches Gewissen* está en el superyó. Se constituye como un malestar, aquello que hace mal y arroja con culpa, arrepentimiento y reproche, como si fueran condiciones infaltables en el neurótico. Un sentimiento de culpa que es la expresión de una tensión entre el yo y el superyó. En determinadas situaciones “El yo reacciona con sentimientos de culpa (angustia de la conciencia moral) ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó” (Freud, 1976. XIX: 172). De ahí el peso del imperativo, que estaría presente para recordar la obediencia a una Ley, la sumisión ante una instancia de poder (no en balde Freud habla de un superyó sádico), y que mientras permanezca el trazo de la obediencia no habrá sensación de culpa. Sensación que

en el contexto de la conciencia moral es la otra cara de la angustia.

Pero, ¿por qué el superyó habría de mantener una función tan eficaz? Sabemos por Freud, que en la infancia cuando se constituyó el yo, su endeblez quedó patente por la dependencia que mostró, pero después de tiempo no obstante la madurez que pueda tener, el superyó mantiene su imperio sobre el yo. “Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó” (Freud, 1976. XIX: 49). Esto es porque:

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como **conciencia moral**, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo.” (Ibidem: 36). No es una cuestión de aprender comportamientos o conductas, de aprender a decir buenos días, de ayudar a cruzar la calle a quien tiene capacidades diferentes, incluso, no es un asunto de separar la basura, se trata de un proceso dependiente de un ley que recae sobre el deseo, que lo mantiene vigente, como deseo, anhelo, *wunsch*. Aquello que escapa a la posibilidad de ser satisfecho y que en el intento por hacerlo deja la huella de la culpa, de la angustia del *Gewissen*.

Pero, hay quienes no viven en este malestar, no caen abatidos por este *pathos*. ¿No será, acaso, que en la falla del registro de la conciencia moral se procede sin que la culpa, el arrepentimiento sean parte de la existencia? Una falla en la escritura, algo concerniente a la Ley no quedó inscrita. Como un vestigio que señala la existencia de un suceso que ahora está ausente, de algo que se da por hecho que debería estar ahí pero no está. Ante esta falla el imperativo resulta imprecendente. El llamado podrá ser constante pero no habrá quien responda. Entonces, no se está ante

un asunto de conciencia, de conciencia moral, de conciencia cotidiana, sino frente a algo de otro orden que justo escapa al *Gewissen*. Ante un llamado del que no hay respuesta.

Estaríamos en el espacio de la ruptura, el *Homesick*, la melancolía, la nostalgia que deja la ausencia, o mejor dicho: estar ausente. Ese hombre considera al mundo ajeno tanto como el mundo lo considera. Es la indiferencia, la falta de interés, la semejanza, la igualdad, la falta de diferencia. Ese estado en el que no hay preferencia, ni algo que conmueva.

Homeless que se tradujo al español como indigente: el que no tiene medios para vivir *indigerere*, el que no dispone, el hombre que está en una situación en la que falta todo, escasea y escasamente parece hombre. El que, en la indiferencia, la distancia que mantiene con la *gens*, el *gentilis*, el linaje, muestra el punto de quiebre en la relación con el *home*.

Pero no sólo el *Homless*, en el estricto sentido, da esa imagen. También en muchas ocasiones al hombre (en general) el mundo le parece ajeno, entonces “Ese hombre considera al mundo ajeno y, por ende, puede verter en el mismo cualquier cantidad de desechos imposibles de asimilar” (Tamayo, 2009:57). Quizá las condiciones cambien cuando se asimile que somos desechos, cuando dispongamos de la posibilidad de asimilarlo, de ser similar. De ser *linaje*, *gentilis*. De asimilarlo como parte de nuestra historia.

En el psicoanálisis decimos que el que cuenta su historia, por lo general, olvida incluir un rasgo, una marca propia que se destaca en los acontecimientos vividos. Que al contarse se olvida de sí mismo, ya que no siempre uno se da cuenta de que es uno mismo la forma de tratar a los demás, el entorno y el mundo. Entonces, de lo que se trata es no olvidar ese sí mismo.

Hablamos, emitimos razonamientos y críticas a la manera en que el mundo, el entorno se degrada, se corrompe, pero no nos incluimos como parte de la degradación. No obstante los señalamientos mediáticos, los provenientes de la familia y la escuela, en cuanto la insistencia por sostener un imperativo; la orden de cuidar, así como tomar conciencia de lo que acontece, no hay ápice de que esto se cumpla. Lo que se cumple es la develación de lo que estamos hechos, develación que evidencia ante sí mismo y ante otro aquello que nos sostiene y que también a ratos nos enloquece.

La inamovilidad es una constante. A diario se cuestiona la falta de movilidad, la ausencia de acciones. Sin embargo, no hay falta de acción, en realidad hay una fuerte acción, pero esta nos lleva a la destrucción. A sabiendas que con las lluvias el río crece, se desborda y se lleva a su paso cualquier forma de vida, no falta alguien que construya su casa a la orilla del río.

Por un lado tenemos una tendencia pulsional que irremediablemente se sostiene en la muerte y por otro un imperativo que no tiene eficacia. Una falla en la conciencia crítica, en la conciencia moral, en la del ideal que señalaba Freud como parte del superyó.

En nuestra calidad de seres parlantes que somos y somos afectados por la palabra, nos constituimos como seres de metáforas más que de hechos. El lenguaje nos ha permitido hablar los hechos y en ocasiones hablar en lugar de los hechos. Aunque lo que exigimos son hechos, actos, acciones que despunten y muestren que estamos más allá de nuestras palabras. Los animales son seres de hechos más que de palabras, ellos no hacen metáforas ni metonimias, nosotros tenemos como posibilidad de creación de sentido esas dos formas, que dan formas, formaciones del inconsciente. Pedir ante el ecocidio actos que nos dignifiquen implica un proceso a través del cual la palabra debe instaurarse y dar lugar a ciertos

actos. Pero también se requiere de algunos imperativos que encuentren en el tejido simbólico un espacio donde entretrejerse. De otra manera podemos seguir propiciando actos sin que estos tenga un anudamiento simbólico y queden como son: actos aislados. En sus lecciones de Frankfurt, Sloterdijk decía: “Venir al mundo, venir al lenguaje”. Porque no se puede venir al mundo de otra manera.

Ahí, en el lenguaje es donde se inscribe el imperativo pero también en donde puede faltar. No se trata de anunciarlo mediáticamente, tampoco de prevenir su adecuado registro. No, esto no es profilaxis ni prevención. En todo caso se trata de intervenir sobre lo que hace al hombre: lo que le falta.

Como he mencionado, somos hombres de costumbres y una de esas costumbres es la destrucción. Nos acostumbramos a lo inevitable que es parte de nuestra esencia. Sin embargo, ante los fracasos del imperativo al hacer frente a la tendencia pulsional no hay otra salida que la de comenzar por sí mismos, retornar al ser por sí mismos, sin que sea un imperativo, o una enmienda a asumir que provenga de otro lugar, sino asumir el comenzar por sí mismos como una forma de identidad. “El comenzar-con-uno-mismo del que aquí estamos hablando significa literalmente: comenzar” (Sloterdijk, 2006:112). Abrirse a algo que no ha existido nunca. No se trata, pues, de una postura moral, tampoco iniciática, se trata de una iniciativa en la que el sujeto se lanza a la fundación y producción del mundo, de hacerlo suyo, haciendo historia su propia historia. Esto es de lo que da cuenta la experiencia analítica cuando en la vida no se sabe qué hacer. Iniciar en el inicio, en la propia historia. Volver a retomar el comienzo, el inicio de algo que dejó una huella profunda en la vida y ha hecho difícil la vida misma. Encontrar un mejor comienzo que el que llevó a esa pesada y sufrida situación.

Ese comenzarse como posibilidad de un mejor comienzo, para Freud era recordarse. Porque uno tiene que traer nuevamente los trazos, las huellas de la novela familiar, traer la propia historia. De qué trata la propia historia. Que uno recuerde, asuma y elabore. Desenrede los nudos trágicos iniciales que condicionan la historia. Recordar en el sentido de traer nuevamente aquello que tejió el manto que fue cubriendo la vida. Recordar vívida e intensamente para que irrumpa el empuje, la tendencia y destino pulsional en una nueva posición del sujeto respecto a sí mismo. Comenzar-con-uno-mismo.

No es un asunto sencillo de resolver. No hay cosas sencillas, quizá posteriormente a su resolución den la imagen de sencillez en su proceso, pero no hay intervenciones fáciles. No se trata de un remplazo de vida, de la búsqueda de sustitutos que lleven a la falsa idea de ser otro, que a fin de cuenta es ser un sustituto. Freud enfatizaba el recuerdo del comienzo para comenzar de otra manera, para comenzarse en la relación analítica, con otro en transferencia.

Es evidente el punto crítico, las cosas no se resolverán dando indicaciones, imponiendo imperativos o a través de la pretensión por educar las pulsiones. Tampoco en actos como la separación, clasificación de la basura, ni a través de la compra y uso de bolsas ecológicas. En una empresa de mayor envergadura. Es una cuestión que tiene que ver con uno mismo más que con un dictado, un imperativo externo de que uno debe cambiar, o que debe hacer equis cosa.

Somos seres de costumbres, de tradiciones. "El hombre es un animal de costumbres y su hábito es destruir su medio ambiente" (Tamayo, 2009:42) si se busca un cambio, un nuevo orden, los hombres requerimos un nuevo comenzar por sí mismos. Regresar al inicio del ser por sí mismos, al recuerdo que deje a un lado la repetición. Al recordar para olvidar y dar inicio a otra forma, desconocida. Dar la vuelta a la hoja.

Referencias bibliográficas

- Freud S. (1976) [1920] Más allá del Principio del Placer. Vol. XVIII. Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Freud S. (1976) [1917] Duelo y Melancolía. Vol. XIV Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1976) [1924] El Problema Económico del Masoquismo. Vol. XIX. Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Freud S. (1976) [1923]. El Yo y el Ello. Vol. XIX. Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Freud S. (1990). Trauer und Melancholie. Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, Frankfurt.
- Heidegger M. (1994) Construir, habitar, pensar. Martin Heidegger. Trad. Eustaquio Barjau, En Conferencias y artículos. Serbal, Barcelona, 1994.
- J. Lacan, (1981). Seminario XX, Aun. Paidós. Barcelona.
- Tamayo Pérez Luis. (2009). La locura ecocida. Ed. Colección Argumentos. México
- Kant, Immanuel. (2002) "Lecciones de ética". Trad. Roberto Rodríguez Aramayo y Concha Roldán Panderó, Editorial Critica, Colección Biblioteca de Bolsillo, Barcelona.
- Sandoval Laura- Galindo Carlos 2009. Memorias. Congreso de Psicología. USNHM, Memorias. Ponencia: La pulsión, como una instigación esencialmente moral.
- Sloterdijk Peter. 2006 "Venir al mundo, venir al lenguaje". Ed. Pre-textos, España.